### SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

"YO SERÉ TU FORTALEZA, NADA TEMAS"

#### El Culto al Corazón de Jesús

#### Sagrado Corazón de Jesús

No se puede saber cuándo se comenzó a honrar en la Iglesia al Corazón de Jesucristo. Algunos Santos Padres de la Iglesia antigua como San Juan Crisóstomo, San Ambrosio, San Agustín, entre otros, hacen mención en sus escritos a la llaga del costado de Jesús, y a la sangre y agua que brotaron de su corazón, dando origen a la Iglesia. En la Edad Media se desarrolló la devoción a las llagas del Señor. Y en ese contexto, haciendo mención especial al costado abierto y al Corazón traspasado del Salvador escribieron San Buenaventura, San Bernardo de Claraval, Santa Catalina de Siena, Santa Clara y siglos después Santa Teresa de Ávila, San Pedro Canisio, San Francisco de Sales y otros más. Pero la propagación del culto al Corazón de Jesús tiene estrecha relación con las revelaciones particulares de Santa Margarita María Alacoque, religiosa de la Orden de la Visitación, en la segunda mitad del siglo XVII. Su confesor, San Claudio de la Colombière, jesuita, inició la divulgación del culto al Corazón del Señor en Francia e Inglaterra. A partir de entonces nacerán en la Iglesia las diversas congregaciones de religiosas y religiosos, junto con asociaciones laicales relacionadas con el culto al Sagrado Corazón, que lo promoverán por todas partes.

A partir de 1931, por las experiencias místicas de la religiosa polaca Santa Faustina Kowalska, de la Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia, surgió la devoción a la Divina Misericordia, cuya imagen mandada pintar por Santa Faustina representa a Jesucristo irradiando una luz roja y blanca desde su Corazón. Su significado lo explica ella misma en su Diario: Los rayos de luz de la imagen representan la Sangre y el Agua que brotaron de lo íntimo de la Divina Misericordia cuando, en la Cruz, su Corazón fue abierto con la

lanza. De modo que hay como una intensificación del significado del antiguo culto al Corazón de Jesús en el de la Divina Misericordia.

Sin duda, hay que quitarle todo retoque sentimental al culto al Corazón de Cristo (y al de la Divina Misericordia) para que quede patente el hecho de que, por medio de él, los cristianos se dirigen a Jesús, fijando los ojos en su Corazón, símbolo de lo más vital y nuclear de su persona: su amor misericordioso y salvador. Tanto amó Dios al mundo que quiso entrar en los límites de nuestra condición humana, tomó un cuerpo y tuvo un corazón, para que podamos contemplar y sentir el infinito amor divino con que nos ama en el Corazón humano de Jesús de Nazaret. Como dijo el Padre Pedro Arrupe S.J.: el corazón es una de esas palabras primigenias, generadoras de vida, como las palabras pan, agua, madre, padre. Hace referencia a la totalidad de la persona, a su centro más íntimo. Es el punto donde tomamos las decisiones más profundas de la vida. Donde sentimos la urgencia de dar una respuesta total al amor.

Ser hombres y mujeres cuyo corazón está marcado por el Corazón del Señor, significa ser hombres y mujeres que procuran manifestar en sus vidas la presencia del amor que reciben del Salvador, y testimoniarlo con el amor fraterno, que es el signo de nuestra pertenencia a Él: En esto conocerán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros (Jn 13, 35). El culto al Corazón de Jesús nos lleva a hacer nuestros sus sentimientos de compasión y solidaridad, acogida, perdón y deseo de servir. Es, en definitiva, poner como centro y orientación de todas nuestras intenciones, acciones, deseos y proyectos el mandamiento que Jesús nos dejó: *Ámense como Yo los he amado* (Jn 13,34).

Este culto nos mueve a procurar que el anhelo que arde en el Corazón de Cristo, anhelo continuo de crear comunidad, oriente lo que hacemos y sostenga nuestros esfuerzos por transformar nuestra sociedad. Que por el testimonio de nuestras vidas empeñadas en resolver las necesidades de los pobres y promover relaciones sociales

justas, continuemos el dinamismo de unión y solidaridad que caracterizó su vida.

Así ofreceremos modelos de comportamiento y de organización para la transformación de la sociedad. Finalmente, el Corazón de Jesús abre el horizonte de la generosidad que Él abrió para nosotros: la disposición para dar sin llevar cuenta, hasta entregar la vida si fuere necesario, a ejemplo suyo. Porque Nadie tiene un amor más grande que quien da la vida por sus amigos (Jn 15, 13).

Todo está simbolizado para nosotros en su Corazón: su persona viva con todas sus dimensiones. La obra que nos encomienda, el motivo y razón última de nuestra propia entrega, el distintivo de la comunidad cristiana, la prueba de que nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y confiamos en él (1 Jn 4, 16).

\* \* \*

### Oración 1 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre, en la acuciante necesidad de esta hora presente, nos acercamos como el discípulo del evangelio y te rogamos: Enséñanos a orar. Necesitamos orar para sostener nuestro amor y nuestra esperanza, para poder sentir a cada hora tu presencia providente, para poder vivir aquella tranquilidad y calma que infundías en tus discípulos cuando en los momentos de peligro o de lucha les decías: No tengan miedo.

Corazón de Jesús, en quien habita la plenitud de la divinidad. Tú descendiste hasta nosotros y te hiciste uno de nosotros hasta la vulnerabilidad, la debilidad, la sangre, el sudor y las lágrimas. Hoy llevas todavía tus heridas y tu corona de espinas en los cuerpos doloridos de nuestros hermanos y hermanas enfermos. Haz que mientras haya dolor, pobreza y muerte en nuestro país y en el mundo, nos duelan el confort, la frivolidad, la insensibilidad y el egoísmo.

Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor. Danos la fuerza de tu Espíritu de la generosidad y de la entrega sin cálculos ni cobardías, para llegar a amarte como el mayor amor de nuestra vida y amarte en nuestros prójimos como a nosotros mismos. Tú dijiste que era más bello dar que recibir. Haz que lo entreguemos todo, aun nuestro tiempo y nuestras fuerzas por la vida de nuestro pueblo, dispuestos a los grandes gestos de generosidad y a los pequeños servicios cotidianos.

Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra, toda nuestra confianza la ponemos en ti. Tú nos hablas de un "más allá de toda esperanza", tú nos haces capaces de mantenernos firmes por encima de toda esperanza, tú mantienes la dirección de todos los caminos y los conduces



a nuestro bien, por eso sabemos de quién nos hemos fiado. Haz, Señor, que ninguna circunstancia penosa, encrucijada o tiniebla sea capaz de intimidarnos. Que estemos siempre seguros de ti por encima del temor y del dolor, porque esperamos también que nos mantendrás en la confianza.

Corazón de Jesús, salvación de los que en Ti esperan y esperanza de los que en ti mueren, que la idea del cielo, real y concreta, tal como tú nos la enseñaste, llene de luz esta oscura etapa de nuestro viaje por la tierra enferma y desierta. Aparta de nosotros el miedo al futuro porque para los que te aman, todas las cosas contribuyen al bien y toda crisis abre una nueva oportunidad si sabemos enfrentarla con espíritu resuelto y solidario.

Corazón de Jesús traspasado por una lanza, que tu Iglesia, nacida de tu costado abierto, se muestre a la altura de los grandes desafíos y exigencias del momento presente para que pueda demostrar que es a través de ella como tú quisiste ser para nosotros camino, verdad y vida, salvación y santificación.

Corazón de Jesús, tú cargaste con nuestros dolores y sufriste nuestras enfermedades, tú pasaste por el árido desierto, soportaste el odio y la incomprensión, la sed y la desolación; tú que con tus privaciones voluntarias –hasta no tener ni dónde reclinar la cabeza– y con tu soledad del Viernes Santo –que te hizo sentirte abandonado hasta de tu Padre– abriste una brecha en el sufrimiento humano y un horizonte en el morir: haz que comprendamos el sentido del dolor, sobre todo de los inocentes y de los vulnerables. Y para comprenderlo ayúdanos, Señor, a tener los mismos sentimientos de tu Corazón traspasado, pues sólo siendo también nosotros hombres y mujeres del corazón traspasado, seremos en verdad hombres y mujeres para los demás en esta hora que vive tu mundo y a la hora de nuestra muerte.

Corazón de Jesús, principio y fin, alfa y omega, Rey y centro de nuestros corazones, haznos ver tu reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz. Ven, Señor Jesús. Haz nuestro corazón semejante al tuyo. Amén.

\*



### Oración 2 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, fuente de vida y santidad. Tú nos miraste un día y nos llamaste: Sean perfectos como mi Padre (Mt 5, 48), nos dijiste, y nos hiciste ver en Ti la santidad de Dios, santo en su alteridad y perfección, y santo sobre todo por su amor de donación. Al verte tratar a los niños, a los enfermos y a los necesitados, comprendemos que tu santidad halla su perfección en la misericordia. Por eso nos dijiste también: Sean misericordiosos como mi Padre es misericordioso (Lc 6, 27).

Tu santidad no te aleja de nosotros, sino todo lo contrario. Tu santidad-amor se muestra en tu corazón de amigo, que ama como amigo verdadero, acompaña, alienta, sufre y muere pensando en sus amigos. Todo nos lo diste: nos diste a tu Madre, tu Eucaristía, tu Espíritu. Nos das a conocer los tesoros infinitos que guardas para nosotros en tu Corazón. A ustedes los llamo mis amigos, porque les he dado a conocer todo lo que mi Padre me ha dicho (Jn 15, 15).

Haznos comprender lo que significas Tú para nosotros, como lo comprendió tu apóstol Pedro cuando vio que ya no podía vivir sin ti. Que también nosotros podamos decirte: Señor, ¿a quién iremos, Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6, 68).

Tu Corazón nos marca el camino para nuestro pleno desarrollo y realización humana. Tú eres ya nuestra única razón suficiente, nuestra verdad, la vida que vale la pena vivir. Haz que encontremos en ti todas las cosas que amamos y deseamos, todas las personas que queremos, para amarte a Ti en todo y a todo en Ti.



### Oración 3 Sagrado Corazón de Jesús

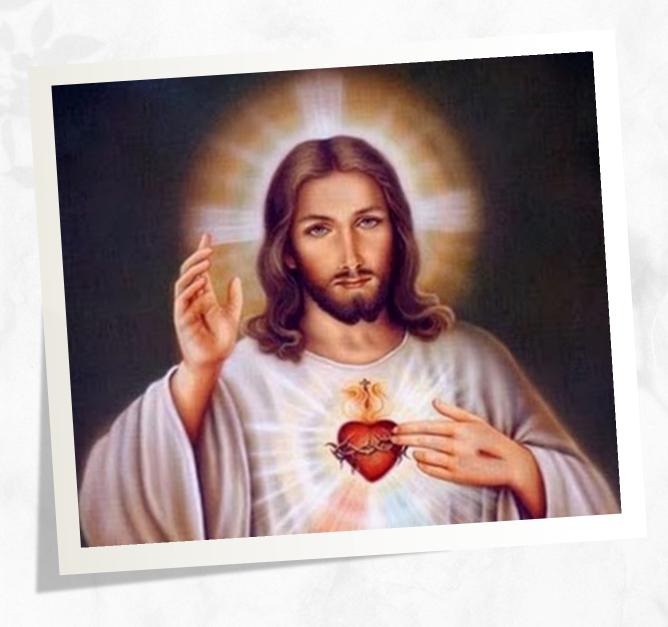
Corazón de Jesús que nos amaste hasta el extremo. A pesar de conocer nuestra flaqueza y egoísmo, nos diste como tu único y principal mandamiento: Ámense unos a otros como yo los he amado (Jn 15). Quisiste también que nuestra unión fraterna sea el distintivo de los que te seguimos, de modo que se vea que somos discípulos tuyos porque nos amamos de verdad (Jn 13, 35).

El amor en ti era permanente, sin interrupción ni distinción de personas. El nuestro no es así. No amamos siempre y no llegamos a sentir amor por los que nos son extraños o nos han hecho algún mal. Haznos amar con una caridad perfecta, amor no despersonalizado, amor de entrega que no busca sino el bien del otro. Danos capacidad de amar a todo el que está a nuestro lado, aunque no me vincule a él ningún lazo de amistad o parentesco, aunque ni siquiera merezca que le ame, pero es tu hijo o tu hija, tiene como Padre al mismo Padre nuestro del cielo, le haces merecedor de la herencia eterna y es miembro de tu cuerpo, sarmiento de tu vid.

Tú pasaste haciendo el bien (Hech 10, 38) y nos hiciste comprender que hay más felicidad en dar que en recibir (Hech 20, 35). Haz que sigamos tu ejemplo en los grandes servicios que nos pidan y en los pequeños detalles de atención en la vida cotidiana. Haznos sensibles a la suerte de nuestros hermanos y hermanas; sensibles, sí, nunca indiferentes ni egocéntricos. Que con cada uno tengamos la actitud que más le convenga, el gesto, la palabra que lo ayude a salir de su tristeza o soledad. Haz que incluso en nuestras discusiones el talante que nos caracterice sea el de la conciliación y que nuestras palabras se sientan como bálsamo o unción que cura heridas, sabiduría y prudencia que abre solución para los problemas.



Así, hechos por ti capaces de llorar con los que lloran y reír con los que ríen, podremos demostrar que el amor verdadero que procede de tu Corazón es siempre paciente y bondadoso, no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso, no es grosero ni egoísta, no se enoja fácilmente ni guarda rencor, no le gusta la maldad, sino que se alegra con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Ese amor, que es tu amor en nosotros, no pasa nunca (1 Cor 13, 4-8).



# Oración 4 Sagrado Corazón de Jesús

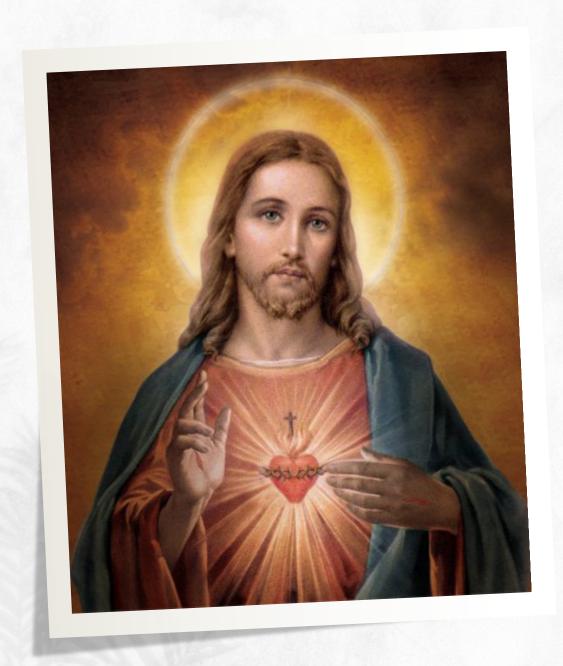
Corazón de Jesús de majestad infinita. Eres el Hijo del Altísimo, heredero del trono de David, tu antepasado, pero eres al mismo tiempo el hijo de María nacido en Belén. Tu infinita majestad resplandece no en las esferas del poder y la riqueza sino en los áridos caminos de Galilea, como un pobre predicador itinerante rodeado de artesanos, pescadores, publicanos, mujeres y niños de una nación dominada.

Siendo de condición divina, te despojaste de tu grandeza y pasaste como uno de tantos (Fil 2, 6-7). Por eso el mundo, no te conoció. ¿Quién dicen que soy yo?, nos sigues preguntando. Y con Pedro nos movemos a decir: Tú eres el Cristo; no porque nuestra mente lo haya deducido, sino porque nos lo ha revelado tu mismo Padre con su gracia. Es en tu humanidad donde se ha querido mostrar lo divino. Eres la cercanía máxima que Dios quiso tener con nosotros. Y por eso no nos hablaste con la voz del Dios de la gloria, que retumba como el trueno sobre los grandes océanos, retumba con fuerza y poder, y derriba los cedros del Líbano (Salmo 29). Nos hablaste con parábolas que todo el pueblo entendía y nos explicaste las Escrituras haciendo arder nuestro corazón (Lc 24, 32).

Llevando hasta el extremo tu deseo de estar con nosotros hasta el fin de los tiempos, en la cena que celebraste antes de padecer nos dejaste el memorial de tu muerte y resurrección, el sacramento de tu presencia viva, que nos congrega y une. Con los gestos más sencillos: tomar un pan y partirlo, alzar una copa y compartirla; y con las palabras más sencillas: *Tomen, coman, esto es mi cuerpo..., tomen y beban, esto es mi sangre*, nos diste el regalo que contiene todo lo que creemos, amamos y esperamos, que da origen a la Iglesia, nos alimenta en nuestro pere-

grinar por esta tierra y nos da la garantía de nuestra comunión contigo hasta la vida eterna.

Corazón de Jesús de majestad infinita, te adoramos presente en la simplicidad asombrosa de nuestra misa diaria. Acepta en ella nuestro pan y nuestro vino para que, al convertirlos en tu Cuerpo y en tu Sangre, permanezcamos en ti y Tú en nosotros, seamos pan que se comparte, eucaristía perfecta.



### Oración 5 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, hijo del carpintero de Nazaret. Así te llamaron sin llegar a reconocer lo que verdaderamente eres. No te debió ser fácil cargar con las incomprensiones, sospechas y calumnias de que fuiste objeto de parte de los representantes de tu nación y de la religión de tu pueblo. Los pobres y sencillos, en cambio, te aclamaban como Rabí, Maestro, gran profeta. Te volcaste en favor de ellos y les mostraste todo tu amor. No te fue nada difícil mezclarte entre ellos: ir a sentarte a la mesa de Mateo, alojarte en casa del pescador Simón, ir a visitar a sus enfermos para sanarlos, sentarte en un pozo para conversar con una mujer samaritana, atender los ruegos de una extranjera y sanar a su hija, ayudar a los pescadores a lograr una buena pesca y prepararles el desayuno después. Los leprosos, los publicanos, las adúlteras, los forasteros, los niños y los que pasaban hambre o estaban enfermos se sentían acogidos por Ti, estabas de su parte, eras su defensor, lo esperaban todo de Ti.

Hoy sigues llamándonos a hacer lo mismo que Tú con los pobres y marginados. Nos haces ver que para cambiar su suerte se necesitan muchos corazones valientes y generosos como el tuyo. *La mies es mucha y los obreros son pocos* (Mt 9,37). Pero no sólo quieres que te ayudemos a darles de comer, educarlos, asegurarles la salud y mejorar sus condiciones de vida, sino quieres que te veamos realmente presente en ellos, pues te identificaste con ellos hasta el punto de decir: *lo que hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicieron* (Mt 25, 40).

Nosotros queremos ayudarte, tener los mismos sentimientos de tu Corazón, tus sentimientos de compasión y misericordia, de mansedumbre y humildad en el servicio, de amistad y cercanía, de interés apasionado por la vida de tus hermanos y hermanas.

Haz que nos llegue al alma y nos arda como una llaga la miseria, el hambre y desnutrición que todavía afectan a 800 millones de personas en el mundo. Más de 24.000 mueren cada día por causa del hambre, el 75% de ellas son niños menores de 5 años. Para remediar esta tragedia que duele y avergüenza, los medios con que contamos parecen insignificantes. ¿Dónde podremos comprar pan para que coman estos?, nos preguntamos nosotros también como Tú, cuando contemplaste esa multitud que llevaba ya tres días contigo y no tenían nada para comer (Mc 8, 2).

Haz nuestro corazón semejante al tuyo, que no seamos ni duros ni ingratos, sino que reconozcamos la obligación de servir y compartir, que sepamos administrar los bienes que nos das para que alcancen a todos, sin gastos superfluos, sin la crueldad del comercio de armas, sin la tacañería ciega que impide ver que se pueden repartir mejor los recursos.

Corazón de Jesús, ¡haznos sentir hambre y sed de la justicia de tu reino!

### Oración 6 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús formado por el Espíritu Santo en el seno de la virgen María. Ella no sólo te engendró y te dio a luz, sino que te educó, formó tu carácter, tus sentimientos y emociones, tu modo de pensar y tratar a los demás. Ella te transmitió lo mejor de su corazón cuando Tú apoyabas tu cabeza en su pecho y oías sus latidos. La viste como mujer, madre, amiga, consejera, auxiliadora, socorro, inmaculada... La admiraste por todo lo que nosotros hoy vemos en Ella cuando la invocamos como Nuestra Señora de Fátima y Lourdes, del Camino y la Merced, de la Candelaria y de Chapi, del Carmelo y Guadalupe, de Luján y Montserrat.

A punto de morir en la cruz nos diste el don más tierno y entrañable, lo que más quería tu Corazón: nos la diste por Madre. Mujer, ahí tienes a tu hijo. Hijo, ahí tienes a tu madre. Nosotros la aceptamos con todo nuestro amor (no se puede amar al hijo y no amar a su madre) y así como el discípulo la acogió en su casa, queremos tenerla siempre con nosotros.

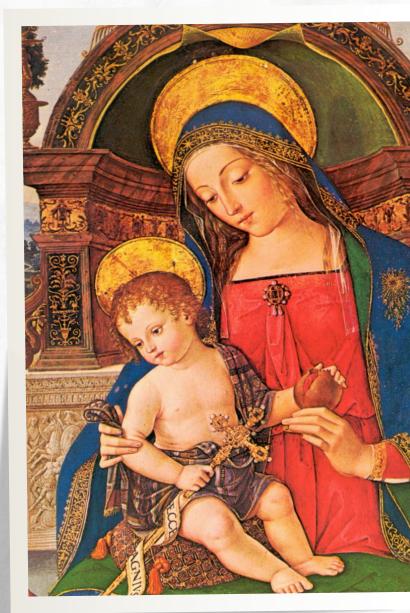
Reconocemos que intercede por nosotros ante Ti y conduce a Ti nuestras plegarias. La veneramos como la gran creyente y la proclamamos dichosa de generación en generación porque el Poderoso hizo maravillas en ella desde que miró su obediencia de humilde sierva. Por eso la saludamos cada día con el Ángel Gabriel: Llena de gracia. El Señor está contigo. Hacemos nuestra la felicitación que le hizo Isabel: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! ¡Feliz tú, que has creído! Y comprobamos que se cumplen en ella tus palabras: Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan.



La invocamos como Madre y modelo de la Iglesia, imagen perfecta de las esperanzas de toda la humanidad. Es la Virgen de la Anunciación, el "Sí" de la humanidad al misterio de la salvación, la Hija de Sión y el Arca de la Nueva Alianza en el misterio de la visitación. Es la Madre que te ofreció en el templo, emigró contigo a Egipto para protegerte, te condujo a Nazaret. Es la testigo de tu vida oculta y del milagro de Caná, la Mujer Dolorosa del Calvario y la Virgen gozosa de la Resurrección. Es la Madre de tus discípulos en la espera orante de Pentecostés. Por todo esto, sabemos que nos muestra el camino para

ir a Ti y nos pone contigo.

María, haznos conocer el Corazón de tu Hijo. Jesús, haznos conocer el corazón de tu Madre. Haz que María sea para todos nosotros puerta del cielo, vida, dulzura y esperanza, para que todo lo que digamos y hagamos vaya encaminado siempre a la mayor gloria de tu Corazón.



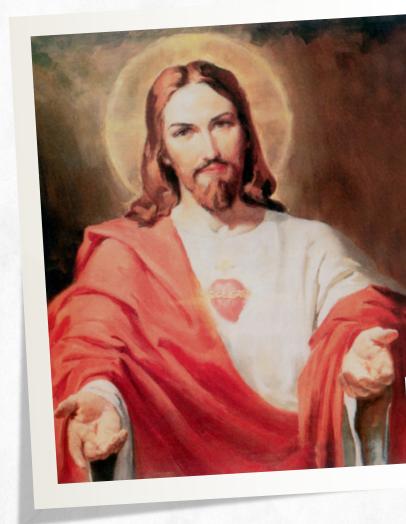
### Oración 7 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, fortaleza de los mártires. En la cruz diste el supremo testimonio de tu amor por nosotros y demostraste que las verdades que nos has enseñado valen más que la vida. Tu muerte fue entrega, sacrificio, que el Padre aceptó porque en ella quedaba sellado para siempre el amor salvador con que había amado al mundo y el sentido de la misión que Tú habías consumado, de demostrar que el amor de entrega es más fuerte que la muerte y confiere a la vida humana un valor de eternidad. Esto hizo que tus últimos momentos, a pesar de la angustia y soledad que sufriste, estuviesen cargados de una confianza invencible en la justicia de tu causa y en la fidelidad de tu Padre, que no dejaría a su Santo conocer la corrupción (Hech 13, 35; Salmo 16, 10). Fue esta muerte tan asombrosamente diferente la que despertó la fe en el Centurión romano y le movió a afirmar que el hombre que habían crucificado verdaderamente era Dios (Mc 15, 35).

Muchas muertes se han sucedido desde aquel Viernes Santo, muertes de miles y miles de hombres y mujeres que vencieron el mal de este mundo por medio de la sangre del Cordero y por el testimonio que dieron. Y no amaron tanto la vida como para tenerle miedo a la muerte (Apoc 12, 11). Unos murieron por defender su fe; otros por llevar su amor a los demás y su defensa de la vida de los más débiles hasta situaciones de extremo peligro. Si las pudieron afrontar fue porque fijaron sus ojos en Ti, que sufriste por nosotros y nos diste ejemplo para que sigamos tus huellas (1 Pe 2,21).

El glorioso ejército de los mártires que te alaba ha incrementado su número en el siglo XX y en lo que va del XXI más que en toda la historia del cristianismo. Corazón de Jesús, en la muerte trágica y gloriosa de tus mártires haces brillar la fuerza victoriosa de la vida que nos das. Funesto y atroz al mismo tiempo, el martirio nos sobrecoge porque pone de manifiesto toda la maldad de nuestro mundo, el horror de la violencia con que se sacrifica cada día la vida de los inocentes, la aberración de los fanatismos religiosos que creen honrar a Dios dando muerte a los que no profesan su fe, la insensatez de los poderosos que por defender sus injustos intereses persiguen y dan muerte a los que denuncian la corrupción de sus costumbres y exigen para todos un orden social y una economía más equitativa.

Corazón de Jesús, infunde en nosotros tu audacia y valentía para que no temamos a los que sólo pueden matar el cuerpo (Mt 10, 28). Danos la perseverancia en nuestra entrega diaria y la fortaleza para los pequeños o grandes sacrificios cotidianos que nuestros deberes familiares o nuestra dedicación al bien de la Iglesia y de nuestro país nos imponen. Y que se pueda decir de nosotros también: Dichosos ya desde ahora los muertos que han muerto en el Señor. El Espíritu es quien lo dice: 'Que descansen ya de sus fatigas, pues sus obras los acompañan' (Apoc 14, 13).



### Oración 8 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. El saber de los poderosos y de los sabios de este mundo se inclina ante tu sabiduría que ilumina el verdadero sentido de nuestra vida, la dirección por donde puede venir la plena realización humana que anhelamos.

Tu sabiduría y tu ciencia nos hacen ver por dónde debemos ir y hacia dónde se han de dirigir nuestros saberes, ciencias y técnicas con las que ordenamos nuestro mundo, humanizamos la creación, creamos cultura y aprovechamos los recursos de la naturaleza para satisfacer nuestras necesidades. Tu sabiduría sigue siendo misteriosa y escondida para los poderosos que marcan los objetivos y dirección de las ciencias no siempre en favor de la vida, sino de oscuros intereses lucrativos. Porque atentan contra la vida y contaminan la naturaleza creada por Ti, quebrantan tu plan de salvación, a ellos se aplican las palabras de tu Apóstol: ninguno de los poderosos de este mundo ha conocido (la sabiduría de Dios), pues de haberla conocido, no habrían crucificado al Señor de la gloria (Col 2, 8).

Maestro bueno, nos acercamos a tu Corazón para que nos instruyas en la verdad. Sólo Tú tienes palabras de vida eterna. Tú revelaste a los sencillos en qué consiste aquella vida que debemos procurar para nosotros y para los demás, la vida plenamente humana que tuviste y en la que Dios quiso darse a conocer. Infunde en nosotros ese Espíritu de la Verdad que nos hace conocernos a nosotros mismos, ser auténticos y conocerte a Ti para que nuestro corazón sea semejante al tuyo. Con tu luz sabremos guiarnos en medio de este mundo de materialismo, hipocresía y confusión.



Ayúdanos a crecer en el conocimiento de nuestra fe. Instrúyenos para poder dar razón de nuestra esperanza a quienes sólo miran en el mundo horizontes estrechos y mezquinos. Infunde claridad a nuestro entendimiento y don de discernimiento para poder acertar en medio de tantas ofertas engañosas, tantos falsos atractivos y turbias ganancias, que pugnan por adueñarse de nuestra libertad.

Para ser libres nos has liberado, Cristo (Gal 5,1). Infunde en nosotros la fuerza necesaria para mantener en toda ocasión los criterios de tu evangelio. Abre nuestras mentes para reconocer y adquirir todo lo verdadero, justo y honesto que has suscitado Tú en todas las culturas y en las religiones que orientan las conciencias hacia el bien. Y que no nos cansemos de aprender, pues el conocimiento humano, aunque limitado y falible, nos acerca a Ti, luz verdadera, y con la fe y la razón que nos das podemos hacer nuestros los tesoros de la sabiduría y de la ciencia que ofreces en tu Corazón. Porque en Ti está la fuente de la vida y a tu luz vemos la luz (Salmo 36,9).



### Oración 9 Sagrado Corazón de Jesús

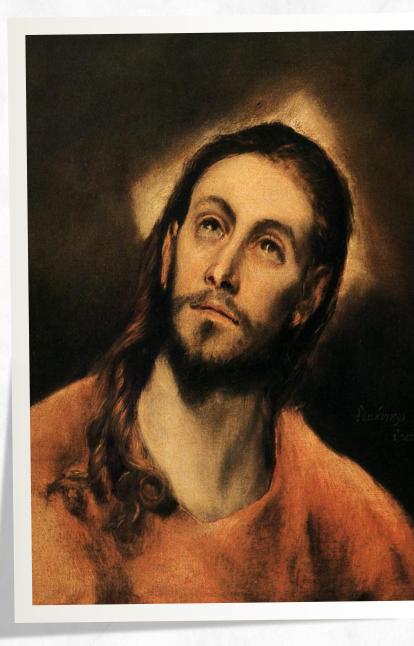
Corazón de Jesús paz y reconciliación nuestra. Tú dijiste que no habías venido a traer la paz sino la espada y que tus enseñanzas iban a generar controversias aun en la familia (Mt 10, 34-36). Sabías que muchos iban a aceptar tus ideas y ponerlas en práctica con empeño, mientras que otros iban a atacarlas por considerarlas contrarias al bienestar, al desarrollo y el perfeccionamiento de las personas, al orden social y la seguridad, es decir, subversivas. Pero, honesto contigo mismo y con nosotros, no cambiaste tu lenguaje ni entraste en componendas. Y hasta tus mismos enemigos lo reconocieron: Maestro, sabemos que eres sincero y que no te dejas influir por nadie, pues no miras las apariencias de las personas, sino que enseñas con verdad el camino de Dios sinceramente (Mc 12, 13-17).

Tú nos has dicho también: Vengan a mí todos los que están fatigados y agobiados... y aprendan de mí, que soy sencillo y humilde de corazón (Mt 11, 28-29). Queremos acercarnos a Ti para sentir tu paz y comprender-la. Nos la dejaste como tu regalo final, fruto de tu pascua, signo de tu presencia viva, plenitud de bendición. Esa paz sólo puede venir de Dios y Tú nos la das porque eres el Hijo, el príncipe de la paz (Is 9,6), que lleva a cumplimiento las promesas del Padre. Entonces florecerá la justicia y una paz grande hasta que falte la luna (Sal 72, 7).

Tu paz no es como la da el mundo. No es ausencia de conflictos o tranquilidad del ánimo. Para el mundo, la paz es ausencia de guerra, designa el intervalo –¡tan corto muchas veces!– que se da entre un conflicto y otro, una guerra y otra. La paz del mundo dura mientras el vencedor sea capaz de imponerse sobre el vencido y éste sea incapaz de rebelarse y vengarse. Por eso, se dice: "Si quieres paz, prepárate

para la guerra", pero lo que así se logra es la mera disuasión y el miedo, o la conquista que deja el sabor amargo de los frutos de la violencia y de la muerte.

Tampoco es tu paz la de quien endurece sus sentimientos para permanecer impávido frente a las necesidades de los demás, y busca sólo su propio confort. Tú vivías pendiente de las necesidades de la gente, te dolía hasta las lágrimas la suerte de tu pueblo y de Jerusalén la ciudad capital tan querida por ti. Te indignaba la hipocresía de quienes, creyéndose santos, juzgaban y discriminaban a los demás. Echaste una mirada de ira en torno a ti cuando quisieron echar de la sinagoga a aquel enfermo de la mano seca (Mc 3, 1-6). Y tu irritación estalló al ver la cueva de ladrones en que habían convertido la Casa de tu Padre (Mt 21, 12-16).



Corazón de Jesús, danos tu paz, que nace del amor más fuerte que la muerte; que irradias desde tu Cruz y comunicas en tu resurrección. Haznos constructores de esa paz que ante el dolor de los demás no nos pone a buen resguardo, sino que sostiene nuestra solidaridad y nos quita el temor a morir por la justicia.

### Oración 10 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús que llamabas Abba a Dios. Enséñanos a hacer vida tu oración.

Padre que estás en los cielos. Con la ternura y respeto con que llamabas Abba a Dios, nos enseñaste a tratarlo. Así nos afirmarnos como hijos e hijas suyos, amados por sí mismos; más aún, amados con el amor que el Padre tiene por ti. Haz que movidos con los sentimientos de tu Corazón nos atrevamos siempre a decir Abba a Dios. Así estaremos firmemente arraigados en la confianza y podremos decir: Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? (Rom 8, 31).

Santificado sea tu nombre. Corazón de Jesús, tu santificaste su Nombre en toda tu vida. Por eso al final pudiste decirle: Yo te he glorificado en el mundo, cumpliendo la obra que Tú me encomendaste (Jn 15, 4). Haznos reconocer que de Él nos viene cuanto somos y tenemos. Si no ponemos su Nombre por encima de todo, pondremos nuestra confianza en las cosas y buscaremos sólo nuestra gloria. Líbranos del orgullo y la ambición, que nos aleja de Ti, nos divide y destruye la creación.

Venga tu reino. Es tu gran promesa, la soberanía de Dios y de su Cristo que traerá consigo el triunfo de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz. El reino "ha llegado" ya en ti, Corazón del Rey eternal; y "vendrá" en su plenitud para revelar la gloria de tu amor salvador. Está entre nosotros oculto como la semilla que crece (Lc 13,18s). Y es el fuego que trajiste a la tierra y cuánto quieres que ya esté ardiendo (Lc 12, 49).

Hágase tu voluntad. Corazón de Jesús, la voluntad de tu Padre, que tú cumpliste hasta entregar tu vida por nosotros, es el amor fraterno, la



construcción de la fraternidad. Ahí es donde se cumple toda justicia y se participa de tu santidad. La voluntad de Dios no puede ser sino el bien para sus hijos. En el cielo, la voluntad divina se cumple por el amor que existe entre el Padre y el Hijo; en la tierra, por el Espíritu que nos hace vivir en la tierra como hermanos y hermanas.

Danos hoy nuestro pan. Corazón de Jesús, haznos reconocer el pan de vida en tu Palabra y en la Eucaristía. Y haz que no falte el pan material en ninguna mesa. Ambos panes te pedimos, en continuidad uno y otro. Te pedimos el pan nuestro, no mi pan, porque lo que se nos da se comparte. Haznos cultivar la actitud del compartir; sin ella no podemos llamar Padre a Dios.

Perdónanos nuestros pecados. Corazón de Jesús, no sólo nos enseñaste el perdón sino que perdonaste incluso a tus verdugos. Dios te hizo propiciación por nuestros pecados (1 Jn 2,2), en ti reconcilió al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta nuestros pecados y confiándonos el mensaje de la reconciliación (2 Cor 5, 19). Corazón de Jesús, nadie es santo en tu presencia sino agraciado con el perdón que debemos siempre pedir y así hacernos capaces de perdonar.

No nos dejes caer en tentación. No te pedimos que nos libres de la prueba –componente de la vida–, sino que nos protejas para no sucumbir. Corazón de Jesús, la tentación nos viene de nuestras debilidades y del miedo a las necesidades que se alía con el egoísmo. Pero Tú eres fiel y no permitirás que seamos tentados por encima de nuestras fuerzas, antes bien con la tentación nos darás fuerzas suficientes para superarla (1 Cor 10,13).

### Oración 11 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús hecho en todo semejante a nosotros, menos en el pecado. No pecaste pero pasaste por la tentación para comprender a los que somos tentados. Tu absoluta inocencia no te impidió comprender a los pecadores, incluso a los pecadores públicos, a los publicanos y a las prostitutas. Corazón de Jesús, frente al pecado te mostrarte como la fuente inagotable de la misericordia. Tu compasión nos da la seguridad de sentirnos siempre acogidos por ti, perdonados y fortalecidos para no volver a caer, teniendo tu modo de ser como norma de nuestro comportamiento.

Mirando tu proceder moral, aprendemos a ser libres para el bien, no para el mal. Tú siempre elegiste lo bueno, no tomaste ninguna decisión contraria a la vida, al bienestar y la salud de los demás. Sentías indignación a veces, pero no odio. Te molestaban las críticas que los fariseos y sumos sacerdotes formulaban contra ti, pero no huías de ellos ni peleabas, sino que conversabas, discutías y les dabas cara, incluso los buscabas porque tenías en cuenta el engaño en que estaban con esa religión que agobiaba a la gente y difundía una idea errónea del Dios Padre de misericordia que tú mostrabas.

Corazón de Jesús, tú nos enseñaste a conocer al árbol malo por sus frutos malos y al bueno por sus frutos buenos. Nos hiciste distinguir en toda circunstancia la verdad, la bondad y la belleza y buscar adquirirlas para nosotros y los demás, aborreciendo sus contrarios. Nos dejaste la regla de oro de la conducta humana: hacer a los demás lo que queremos que nos hagan a nosotros (Mt 7, 12). O mejor: tratar a los demás como Dios nos trata y amar a los demás como somos amados por ti.

24 5

Recuérdanos siempre, Corazón de Jesús, que la mejor manera de obrar es la que Tú nos enseñas en el evangelio. La mejor manera de acertar es preguntarnos: ¿Qué haría Jesús en mi lugar? Y la mejor manera de reponernos si en algo hemos fallado es recordar que tu gracia triunfa en nuestra debilidad (2 Cor 12,9). Así, no nos agobiará la fragilidad, inconstancia y limitación de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad, esa condición humana cuyas consecuencias despiertan en nosotros sentimientos de culpabilidad que angustian pero no ayudan a cambiar y nos llevan a decir, como Pablo: El querer el bien está a mi alcance, pero el hacerlo no; pues no hago el bien que quiero sino el mal que aborrezco (Rom 7, 18-19).

Corazón de Jesús, haznos ver que el conocimiento perfecto del pecado es más un conocimiento de tu misericordia que de nosotros mismos. Y que cuando reconozca lo que no ha estado bien, no me castigue sino que engrandezca tu bondad. Tu abrazo me pone en pie y tu mano me sostiene. Haznos renacer de nuestros desánimos, disipa en nuestra mente el amargo sentimiento de habernos alejado de ti sin remedio. En tales momentos, haznos oír tus palabras: A ti te lo digo, ¡levántate! (Lc 7, 14).

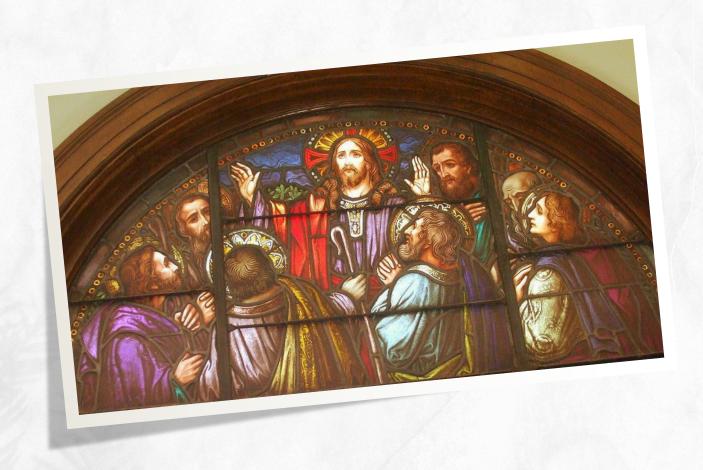
### Oración 12 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús que nos has elegido y enviado. Tú llamaste a tus apóstoles para que estuvieran contigo y para enviarlos a predicar (Mc 3, 14). En la figura de aquellos doce galileos nos vemos todos y todas, pues nuestra incorporación a tu Iglesia por el bautismo nos hace apóstoles y misioneros. Todo parte de tu iniciativa de contar con instrumentos para darte a conocer y ofrecer al mundo tu mensaje de salvación. A todos nos amas por igual y para todos tienes una llamada que da a sus vidas un sentido, les marca el camino.

El encuentro contigo y la disposición de seguirte confiere a la persona una nueva ubicación en la vida. Quien te escucha ve que se le ofrece una nueva forma de ser, que consiste en imitarte y asimilar tus criterios, aspiraciones y modo de obrar, tu manera de relacionarte con los demás, con las cosas y con Dios. Corazón de Jesús, Tú nos llamas de manera plena e incondicional porque quieres prolongarte en el mundo por medio de tus discípulos, los de ayer y los de hoy. Por eso nos dices: *Como el Padre me ha enviado, así los envío Yo* (Jn 20,21). No permitas que nos separemos de Ti y mantén vivo en nosotros el deseo de estar contigo, unidos a Ti como los sarmientos a la vid, porque sin Ti no podemos hacer nada (*Jn 15, 5*).

Muchos son los llamados y pocos los escogidos (Mt 22, 14). A muchos llega el mensaje de tu Evangelio, pero son pocos son los que efectivamente responden empeñando sus vidas en tu obra. La obra es inmensa y somos pocos. Pero Tú actúas en la debilidad y pequeñez, no obligas ni te impones porque quieres que te sigamos libremente. Por eso nosotros, este pequeño grupo de amigos y amigas que quieren seguirte, unidos a esa multitud de testigos que a lo largo de los siglos se identi-

ficaron contigo en la vida y en la muerte, no sólo queremos empeñar nuestras personas en tu obra, sino que esperamos con tu gracia hacer que tus palabras pasen a hacerse carne y sangre en nosotros para "en todo amar y servir". Sabemos que las dudas y dificultades vendrán -tu llamamiento no las suprime- pero nos mantendrá firmes en tu seguimiento la memoria agradecida de aquella experiencia primera que iluminó nuestras vidas para siempre. Pasando junto al lago nos viste y nos llamaste: Vengan conmigo y los haré pescadores de hombres (Mc 1, 17). Y dejando nuestras redes te seguimos.



### Oración 13 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús que te hiciste pobre para enriquecernos con tu pobreza. Tú nos has hecho ver que el camino para superar las desigualdades injustas es el recto uso de los bienes de este mundo, que hace posible el compartir. Y para darnos ejemplo, comenzaste por despojarte de tu condición divina (Fil 2, 6-7) y, siendo rico, lo diste todo para enriquecernos (2 Cor 8,9).

Viniste al mundo gracias al "sí" de María, una humilde muchacha de Nazaret, en la región más deprimida de Galilea, en la periferia de un imperio. Naciste en un pesebre en suma pobreza; tus padres te presentaron en el templo y pagaron por ti dos pichones, la ofrenda de los pobres que no podían comprarse un cordero (Lc 2, 24; Lv 5, 7); creciste en el taller de tu padre José, el carpintero, y aprendiste a trabajar con tus manos para ganarte el pan. Desde el inicio de tu vida pública, fueron las multitudes de los necesitados los que te siguieron, y a ellos ligaste tu misión desde que en la sinagoga de Nazaret declaraste: El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado para anunciar el Evangelio a los pobres (Lc 4,18). Les diste la seguridad de que Dios los tenía en el centro de su corazón: ¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece! (Lc 6, 20); y te identificaste con ellos: Tuve hambre y me dieron de comer, declarando que la misericordia hacia ellos es la condición para entrar en tu reino (Mt 25, 358). Finalmente, revelaste tu gloria divina y tu condición de rey cuando, en el total abatimiento de tu cruz, confiaste tu vida a las manos del Padre e hiciste evidente el poder del Amor. Despojado de ti mismo, te sometiste incluso a la muerte y una muerte de cruz.

Corazón de Jesús, nos has hecho reconocer que los bienes de este



mundo son bendición y vida si se comparten, pero generan división cuando se acumulan para el propio confort, porque el apego a la riqueza lleva a ignorar las necesidades del prójimo y a cometer injusticias. Líbranos de la mentalidad de quienes creen que el dinero, el lujo y el poder son condición para una vida valiosa y feliz. Haznos ver que el dinero tiene un extraordinario poder de cautivar el corazón de las personas hasta convertirse en un ídolo que suplanta a Dios y al prójimo. Sólo teniéndote a Ti como lo más importante en la vida y rechazando esa idolatría, se puede acoger con gozo la salvación del Reino que nos prometes. Por eso, por ser tan fundamental esta lección no dudaste en emplear para ella un lenguaje gráfico y tajante: Le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios (Mt 19, 24).

Muchas veces nos ha resultado duro este lenguaje porque las inmensas posibilidades de consumo y de placer que ofrece esta sociedad nos encandilan. Pero Tú no dejas de exhortarnos a fijar nuestra mirada en lo esencial y a considerar cuántos hombres y mujeres con sencillez y humildad han dado su vida en servicio de los pobres. Ellos hacen realidad la utopía fraterna de los primeros cristianos, entre los cuales no había pobres porque vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno (Hech 2, 44-45). Corazón de Jesús, haz que arda en nuestro corazón la pasión por el desarrollo integral y la vida digna de los más abandonados de la sociedad.

### Oración 14 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, rey y centro de nuestros corazones. Tú quieres que orientemos a Ti todos nuestros amores y te amemos en todas las personas que amamos. Entonces nuestro amor se engrandece. Todo amor: filial, paterno o materno, de esposos o novios, de amigos..., todo afecto que podemos poner en personas o relaciones como las profesionales, institucionales o de asociación, se torna un espacio donde Tú puedes ser reconocido y alabado, se hace fuente de gratitud a Ti, de quien procede. No aleja de Ti sino te hace presente, no disminuye nuestra fe sino la aumenta, es siempre un plus en nuestra relación contigo, porque es amar como Tú nos has amado (Jn 13, 34).

Pero esto sólo es posible a partir de una opción fundamental que hace del "valor" Dios, lo más importante, en torno al cual se hace girar toda la vida, y ante el cual todo queda relativizado. Por eso nos dijiste aquellas palabras crudas y tajantes que nos hacen temblar: El que quiere a su padre o a su madre más que a Mí no es digno de Mí, y el que quiere a su hijo o a su hija más que a Mí no es digno de Mí.... El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por Mí, la encontrará.

Comprobamos la verdad de tus palabras muchas veces: el amor a la familia es un sagrado mandamiento (¡honra a tu padre y a tu madre!, Mt 15, 3-6; 19, 19); pero podemos vernos en la disyuntiva de la lealtad que te debemos y la que debemos a nuestra familia; y entonces tendremos que preferirte a Ti. «El bien debe estimarse más que cualquier parentesco».

Corazón de Jesús, Tú mereces ser el amor mayor. Amar a alguien o a algo más que a Ti, amarte menos, es dejar de tenerte como Señor, a quien

se debe amar con todo el corazón y por encima de todo. Y si se te puede amar así –por encima de todo– es porque Tú nos amaste primero (1 Jn 4, 19) y te entregaste a la muerte por mí (Gal 2,20).

Amarte a Ti, Señor, jamás puede significar dejar de amar a quienes amamos, no puede haber oposición entre los amores humanos y el amor a Dios. Pero también es cierto que cuando nos llamas a una mayor entrega en la Iglesia, o a adoptar un estilo de vida solidario que nos lleva a encaminar nuestra vida profesional más a servir que a ganar dinero, o el solo hecho de querer obrar con rectitud en una sociedad marcada por la corrupción, nos podemos ver en la encrucijada de tener que optar entre lo que ofrecen los hombres —que pueden ser incluso personas muy cercanas— y lo que Tú nos pides, Señor. Tengo la firme confianza, Corazón de Jesús, de que en tales momentos, me darás fuerza y seguridad para optar por Ti sin dejar en absoluto de amar a los que amo, aun sabiendo que quizá no me van a comprender. Haznos redescubrir y engrandecer nuestros amores. Reina en nuestros corazones para amarlo todo en Ti y amarte a Ti en todo.



### Oración 15 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, digno de toda confianza. No se inquieten, no anden preocupados, nos dices (Lc 12, 22-31). Cualquiera que sea la necesidad por la que estemos pasando, hemos de procurar poner nuestra vida en manos de nuestro Padre del cielo y liberarnos de la angustia que absorbe energías y quita vida en vez de darla. Detrás del ansia angustiosa por resolver las necesidades cotidianas está el miedo a la falta de lo necesario, reflejo del miedo a la muerte. La confianza en Ti, Dios mío, nos libra de este miedo. Tú eres el único que nos garantiza la vida, Tú nos la das y la alimentas. Andar ansiosos significa ignorar la presencia providente de Dios que sabe lo que necesitamos.

Corazón de Jesús, con tus palabras no puedes hacer el elogio de la pasividad, ni de la pereza y holgazanería. San Pablo dice: El que no quiera trabajar, que no coma (2 Tes 3,10). Lo que no quieres es que hagamos del trabajo un ídolo que nos quite el respiro. Enséñanos a trabajar con dedicación, pero sin ansiedad. "El trabajo hay que hacerlo, las preocupaciones hay que quitarlas" (San Jerónimo). Es lo que nos enseña San Ignacio de Loyola: "Obra como si todo dependiese de ti y no de Dios, pero confía como si todo dependiese de Dios y no de ti".

Es tu gracia en nosotros la que nos hace capaces de mantener nuestro empeño responsable en el trabajo, que muchas veces puede resultar duro y fatigoso, junto con la actitud interior de libertad y confianza. Actitud de libertad para no dejarnos esclavizar ni mecanizar por el trabajo, para no incurrir en la adicción al trabajo que disfraza muchas veces una evasión de problemas no enfrentados, o una búsqueda de satisfacción de carencias que han de ser resueltas de otra manera, o asumidas con realismo y serenidad. Y actitud de confianza también:

porque quien se hace esclavo del trabajo piensa que todo depende de él y se vuelve desconfiado, hombre de poca fe.

Por eso tus palabras, Señor: No se preocupen del mañana, que el mañana traerá su propia preocupación. Bástale a cada día su propia inquietud (Mt 6, 34). "El mañana traerá consigo su propia labor y su propia gracia" (Paul Claudel).

En la perspectiva de tu Reino, Corazón de Jesús, la finalidad no es el tener ni el saber ni el hacer, sin más, sino el tenerte a Ti como el tesoro (*Dios será tu tesoro*, le dices al joven rico), saber leer los signos de tu presencia, lo que es bueno, agradable Ti y perfecto (*Rom 112, 1*), y hacer en todo tu voluntad. En medio de una sociedad que privilegia la eficiencia, la productividad y la rentabilidad, haz que sepamos valorar el trabajo no sólo por su función económica o su fuerza productiva, sino por el sentido y orientación que le damos en favor de la vida humana. Sólo así por medio del trabajo, el ser humano se trasciende a sí mismo, cultiva el mundo, lo humaniza, hace cultura, y se vuelve co-creador, continuador de la obra del Creador.

# Oración 16 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús unido al Padre por el Espíritu Santo del amor. Tú nos enviaste ese mismo Espíritu que une a la Trinidad Santa para que realice, sostenga y manifieste la unión que debe haber en la comunidad cristiana. Movido por él, viviste la pasión de reunir a los hijos e hijas de Dios dispersos para formar con ellos un solo rebaño, una familia. Pero los cristianos olvidamos este designio tuyo y nos dividimos de manera escandalosa. La división en que estamos desde hace tantos siglos es contraria a la obra que el Padre te encomendó y rompe tu cuerpo. Tu túnica inconsútil, tejida toda de arriba abajo, la rasgamos (Jn 19,23).

Corazón de Jesús, tu deseo supremo en la última cena, antes de entrar en la pasión, fue que tus discípulos hicieran lo mismo que Tú hiciste por ellos, cuando hecho siervo de todos les lavaste los pies (Jn 13, 1-15). Les diste luego el mandamiento de amarse los unos a los otros como Tú nos has amado (Jn 13, 34). Se entiende, entonces, que el amor que sirve y se entrega es lo que ha de mantenernos unidos, pues en eso consiste la unidad verdadera de los que te siguen.

Corazón de Jesús, haz que se nos grabe en el alma tu oración: Padre, te pido que sean uno como lo somos Tú y Yo. Y que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea que Tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que Tú me diste, de modo que puedan ser uno, como nosotros somos uno (Jn 17, 21-22).

Tú has infundido en nosotros, por medio de tu Espíritu Santo, ese dinamismo de amor y lealtad, de entrega y servicio que aparece en tu persona como la *gloria* que recibiste de tu Padre (*Jn 1, 14*). Ese mismo



amor que establece la unión del Padre y el Hijo, hace brotar, como de su fuente, la comunión de los cristianos y el modelo de comunidad que debemos imitar. En la vida trinitaria, las tres personas divinas, manteniendo sus características y funciones propias, forman un solo ser divino. En la comunidad cristiana no se puede buscar una unidad en la uniformidad, sino en el respeto de la diversidad, que es riqueza de la misma Iglesia. Haznos constructores de esta unidad, Señor, mediante el respeto mutuo y el servicio.

Corazón de Jesús, sabemos en fin que la unidad de la Iglesia –en la que se muestra tu gloria– es una realidad actual, transmitida por Ti, pero que su plena realización es objeto de esperanza, de oración y laboriosa espera. Cuando Tú seas todo en todos y nosotros seamos congregados por Ti en tu reino, entonces se alcanzará la unidad perfecta. Por eso te pedimos, Corazón de Jesús, que la unidad de los cristianos nos apremie como una tarea urgente y un anhelo continuo pues tiene que ser visible para que el mundo crea.



#### Oración 17 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, que quieres que seamos sal y luz. No nos das un mandato ni propones un programa de acción, sino que describes lo que debemos ser: sal y luz en la sociedad en que vivimos (Mt 5, 13-16).

La sal sazona los alimentos y los preserva de la corrupción. Además, en la cultura judía, simbolizaba la sabiduría, la amistad y la disponibilidad para el sacrificio. Si nos dices que somos sal de la tierra, Señor, es porque quieres que mostremos el sabor de los valores de tu evangelio y perseveremos en el buen obrar. Para ello, necesitamos que nuestra fe en Ti dé sentido no solamente a nuestra vida personal, sino a las relaciones en sociedad. Somos sal de la tierra si asumimos nuestro compromiso por la justicia verdadera y luchamos contra todo lo que hace que nuestra sociedad se corrompa y los individuos se degraden.

Corazón de Jesús, no permitas que nos volvamos *insípidos*, incurriendo en la tibieza, dejando enfriar el amor, perdiendo mística, pasión y

anhelo de entrega. No nos dejes caer en esta tentación en la que todos podemos incurrir, porque somos continuamente afectados por otros modos de pensar, otros sabores, y debemos estar vigilantes.

Ustedes son la luz del mundo, nos dices también. Tú eres la Luz. Y así lo afirmaste: Yo soy la luz del mundo, el que me sigue tendrá la luz de la vida (Jn 8, 12). Tú eres quien ilumina, nosotros recibimos de tu luz y damos luz. Tú esperas que nuestra identidad cristiana se muestre, se haga notar. Pero también por esto debemos estar atentos porque el mundo tiene otras luces que encandilan y fascinan con sus propuestas de felicidad. Para discernir por dónde brilla tu luz verdadera, mantén vivas en nuestra memoria las palabras que inspiraste a tu profeta Isaías: Aleja de ti toda opresión, deja de acusar con el dedo y levantar calumnias. Reparte tu pan con el hambriento y sacia al que desfallece. Entonces brillará tu luz en las tinieblas, y tu oscuridad se volverá como la claridad del mediodía; entonces te dirigirás a Dios y Dios te hará sentir su presencia, te responderá: "Aquí estoy" (Is 58).

Corazón de Jesús, tú quieres que la comunidad de los que te siguen sea como una ciudad que no puede ocultarse porque está construida en lo alto de una montaña (Mt 5, 14). Tu Iglesia está en lo alto, todos la ven, todos se fijan en lo que en ella ocurre. Haz que tomemos conciencia de la responsabilidad que nos atañe porque somos ciudadanos de esa ciudad y lo que yo haga o deje de hacer –más aún si desempeño en ella una función especial– beneficia o perjudica a la Iglesia.

Y recordemos siempre, en fidelidad a tus enseñanzas, que el único brillo que la Iglesia, y nosotros en ella, debemos procurar es esa gloria que Tú manifiestas en el servicio a los enfermos, a los pobres y a los pecadores, siempre con la sencillez contraria a la hipocresía de quienes obran para ser vistos.



### Oración 18 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús que nos has liberado (Gal 5,1). Tu no viniste a abolir la ley mosaica –sello del compromiso de Israel con el Dios de la alianza–, sino a llevarla a plenitud, orientándola hacia las exigencias del amor. Por eso subordinaste los numerosos preceptos de la Torá al mandamiento nuevo que nos dejaste (Jn 13,34). Y tu apóstol Pablo nos hizo ver que la ley no posee autoridad por sí misma, sino que es guía –preceptor o pedagogo– hacia Ti (Gal 3, 23).

Corazón de Jesús, aún pesa sobre nuestras conciencias la idea que los rabinos fariseos y los doctores de la ley inculcaron en la gente, de que el cumplimiento de preceptos, costumbres piadosas y ritos ceremoniales hace santa a la persona y le asegura la salvación. Tú propusiste otra moral que brota del corazón, que se basa en una relación filial con tu Padre, busca hacer su voluntad y se condensa en el mandamiento nuevo que nos dejaste. Obrando así, no nos sentiremos agobiados y cansados por el peso de las normas y prohibiciones, sino libres para discernir cuál es lo bueno, lo agradable a Dios y lo perfecto (Rom 12, 2).

Tu ejemplo nos ilumina. Cumplías la ley, como judío fiel que eras y por tu adhesión filial a la voluntad de tu Padre, pero eras libre para dejar de lado lo que estaba mandado y anteponer, llegado el caso, las exigencias perentorias del amor: como cuando curabas a los enfermos en día sábado, infringiendo el precepto del descanso sabático (Mc 3,1-6), o cuando defendiste la libertad de tus discípulos frente a las exigencias tradicionales de las purificaciones y ayunos rituales (Mt 9, 14-15; 15, 1-25).

Muchos, por buscar seguridad, quieren saber "qué debo hacer para ganar la vida eterna" porque les resulta difícil o insuficiente guiarse por el amor y temen que con esta actitud se abre campo a la laxitud y relajación. Es cierto que podemos negar y abusar del amor, y que no hay nada más frágil y vulnerable que el amor. Por eso hay que cuidarlo. Podemos aprovecharnos del amor que recibimos: de su entrega, de su confianza, de su incapacidad para vengarse. Pero una vez afirmadas estas cautelas (necesarias por cierto), queda en pie esta verdad: si creyéramos realmente en el amor que Dios nos tiene, nuestra vida cambiaría. Si dejáramos que tu Espíritu nos guíe ("¡Si conocieras el don de Dios...!, le dijiste a la Samaritana), veríamos que, en efecto, el amor es frágil y vulnerable, pero también que nada hay más fuerte y exigente que el amor. Sólo que su exigencia es distinta: nace de dentro, no se vive como una obligación impuesta, no genera resentimiento, tiene el sentido de la generosidad gratuita, de la alegría, de la libertad. Y, finalmente, toda la ley queda cumplida con un solo mandamiento, el de "amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Gal 5,14).



### Oración 19 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús nos das el pan del cielo. Nos mandaste celebrar la Eucaristía, memorial de tu entrega por nosotros, sacramento de nuestra comunión contigo y de tu presencia real entre nosotros. Dijiste que era el alimento de quien cree en Ti: Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no volverá a tener hambre; el que cree en mí nunca tendrá sed (Jn 6, 35). Tus oyentes no te entendieron. Pero reiteraste tu afirmación: Yo les aseguro que si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre, no tendrán vida en ustedes. Nos diste la certeza de que en la Eucaristía entramos en comunión contigo y nos haces participar de tu vida.

Comer tu carne y beber tu sangre. Lo propio del amor entre las personas es que las hace vivir en comunión. Es un recíproco permanecer en el otro, como vivir el uno en el otro, comprobando que uno ya no se entiende a sí mismo sino en su relación con la persona a la que ama. Ya no dos sino uno solo, como en el amor conyugal. Por eso la fe en Ti desemboca necesariamente en la Eucaristía.

Corazón de Jesús, te adoramos en la Eucaristía. En ella te haces eficazmente presente y actuante de modo salvador con todo lo que eres y haces por nosotros: tu encarnación, tu muerte y tu resurrección. Celebramos nuestra acción de gracias porque, por nuestra salvación, siendo el Verbo Hijo de Dios te hiciste hombre, te inmolaste en la cruz para vencer el pecado y la muerte, y resucitaste para que también nosotros resucitemos contigo.

Haznos redescubrir la conciencia que tenían los primeros cristianos de la unión tan peculiar que se establece contigo y entre nosotros al



partir juntos el pan. Comulgamos contigo, con tu persona y tu misión; y comulgamos en Ti con todos los miembros de tu Cuerpo. Que no se apague en nosotros la pasión por crear comunión, tu deseo supremo. Que el hacer comunidad se convierta en la piedra de toque de nuestra comunión contigo, con todas sus consecuencias prácticas en nuestra vida personal y social. Corazón de Jesús, tu Eucaristía nos incita a superar las divisiones. Comemos tu Cuerpo y somos miembros de tu Cuerpo. Con el Amén que decimos al acercarnos a comulgar afirmamos que el pan que recibimos es tu Cuerpo resucitado y afirmamos nuestra unión a Ti como miembros tuyos. Por eso te pedimos tu gracia para vivir verdaderamente como miembros tuyos, de modo que nuestro Amén sea auténtico. Que se obre en nosotros el milagro de la Eucaristía: ser transformados en lo que recibimos. Es nuestro anhelo más hondo poder decir: Ya no vivo yo, es Cristo que vive en mí (Gal 2,20).

Así, nuestra comunidad también cambiará. Pasará de ser un conjunto de personas egoístas a ser hijos e hijas del Padre, movidos por el Espíritu; de grupo anónimo de individuos a comunidad de hermanas y hermanos que se aman; de pecadores a personas reconciliadas que se "incorporan" a tu entrega amorosa para la santificación del mundo... Este es el objetivo, el punto culminante y el centro medular de la celebración de tu Memorial.

#### Oración 20 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús venido no a ser servido sino a servir. Claramente nos haces ver que enfrentamos dos lógicas en conflicto cuando pensamos en el modo como podemos dedicarnos al trabajo, a la familia y a las relaciones con los demás: la lógica de quien, siguiendo tu ejemplo, busca servir a los demás, y la de quien en el trabajo, en la familia y en sus relaciones con los demás en sociedad busca su propio provecho y el poseer y dominar.

Te fue muy difícil convencer a tus discípulos del cambio radical en su sistema de valores que implicaba el seguirte. Les hiciste ver que Tú, siendo el primero, viniste a hacerte el último y el servidor de los demás, hasta ponerte a sus pies para lavárselos y dar tu vida en una cruz, mostrando así que la persona encuentra su verdadero valor no en el tener y en el poder, sino en el amor y el servicio.

Corazón de Jesús, líbranos de convertir en un valor absoluto el deseo natural que tenemos de reconocimiento y prestigio para no caer en la idolatría del yo, en el culto a la fama, y en la dependencia del juicio de los demás. Que cuando aspiremos a mejorar nuestra posición no sea nuestra principal motivación el logro de los primeros puestos, sino el deseo de servir mejor. Nos hiciste ver que quienes buscan su propio interés son como los jefes de las naciones que abusan de su poder y los dirigentes que oprimen a la gente. Añadiste tajantemente: No debe ser así entre ustedes. Y dejaste establecido: El que quiera ser importante entre ustedes, sea su servidor, y el que quiera ser el primero, que sea su esclavo. De la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por todos.

Con estas advertencias contra el mal uso del poder en las naciones anunciaste el modo como se ha de ejercer la autoridad en la Iglesia, para que ésta signifique realmente un llamativo contraste con el mundo. Que todos en tu Iglesia, sea cual sea el lugar que ocupemos en ella o el oficio que se nos haya encomendado, borremos de nuestro interior toda pretensión de ser grande que nos lleve a considerarnos superiores a los demás.

Corazón de Jesús, haznos capaces de seguir tu ejemplo. Tú fuiste maestro, ejerciste un liderazgo, eras la cabeza del grupo de apóstoles y discípulos que te seguían, obraste con una autoridad que la gente no veía en sus guías y dirigentes. A todos nos toca de alguna manera ejercer alguna autoridad y tener algún poder, por cuanto hay personas a nuestro cargo. Haz que recordemos esta verdad vivida y predicada por Ti: lo único que puede librar a las personas de caer en la tentación del poder abusivo es recordar que nadie ejerció un servicio tan especial como Tú, nadie ha sido más competente, más sabio, más carismático que Tú y, sin embargo, pasaste como uno de tantos y te pusiste a los pies de tus discípulos.

### Oración 21 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, que tienes palabras de vida eterna. No te entendieron tus oyentes judíos ni tus discípulos cuando dijiste que había que comer tu cuerpo y beber tu sangre para tener vida eterna (Jn 6, 56). Quedaron decepcionados cuando rechazaste el deseo de la gente de proclamarte rey después del "éxito" obtenido con la multiplicación de los panes (Jn 6, 15). Y más azoramiento les produjo tu expresión "comer mi carne y beber mi sangre" porque con ella les advertías que ellos también estaban llamados a entregar la vida. No podían imaginar un amor capaz de llegar hasta ese extremo. Y entonces se produjo la deserción, el cisma. Muchos de tus discípulos te abandonaron murmurando: Es inadmisible este lenguaje, ¿quién puede admitirlo? (Jn 6, 60).

Corazón de Jesús, te muestras sensible al abandono y a la traición, pero comprendes por qué la gente actúa así y das a todos una nueva oportunidad. Vuelto a tus amigos más íntimos les dijiste: ¿También ustedes quieren irse? Al ver nuestras incoherencias, tal vez nos dirías lo mismo hoy. Por eso te pedimos: alienta nuestro espíritu confundido y fortalece nuestra voluntad para que, al igual que Pedro, podamos nosotros también rendirnos ante Ti y decirte desde el fondo del alma: Señor, ¿a quién vamos a acudir? Sólo Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo consagrado por Dios (Jn 6, 66-68).

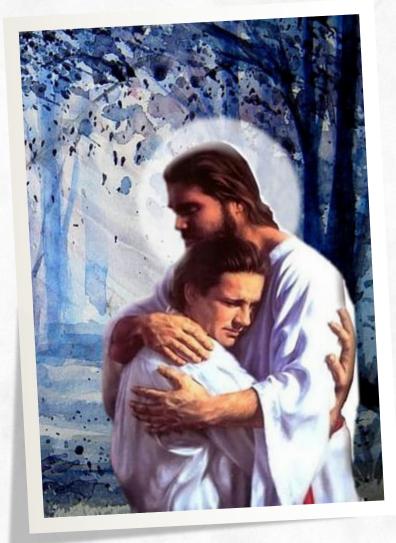
Esa confesión de fe de tu apóstol ha quedado para siempre como el recurso de todos los creyentes que en el camino de la fe experimentamos la dificultad de creer, el desánimo en nuestro compromiso cristiano, la sensación a veces de estar probados por encima de nuestras fuerzas. Haznos ver, Corazón de Jesús, que el secreto de nuestra con-



fianza en Ti reside en la convicción de que sólo la forma de vida que nos ofreces dignifica nuestra existencia y nos conduce a la plenitud a la que nos llamas.

Señor Jesús, como aconteció en tu primera comunidad acontece también en nosotros. Llega un momento en que la crisis se hace presente y no hay más remedio que optar y asirnos con absoluta confianza a ese amor incondicional e indefectible de Dios que se nos ha revelado en tu Corazón. Tú eres para nosotros la persona más digna de confianza, Tú eres el autor y perfeccionador de nuestra fe (Hebr 12, 2).

Atráenos a tu Eucaristía para comer tu carne y beber tu sangre que nos hace permanecer en Ti y a Ti en nosotros en los momentos de dicha y en nues-



tras crisis. En un mundo afectado hondamente por la desconfianza de unos con otros, haz que la Iglesia sea realmente un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz para que todos encuentren en ella un motivo para seguir confiando en Ti.

# Oración 22 Sagrado Corazón de Jesús

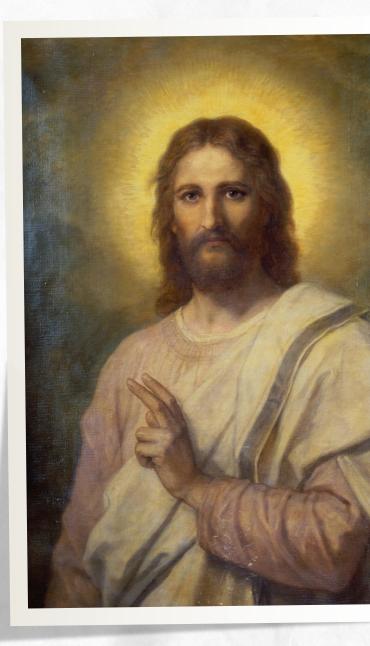
Corazón de Jesús, que nos unes a Ti como los sarmientos a la vid. Una sola planta, una misma savia, una sola vida y unos mismos frutos. Así piensas nuestra unión contigo. Y refuerzas el significado de esta unión con la palabra "permanecer en", que equivale a habitar. Una relación personal de verdadero afecto contigo. Uno permanece y habita allí donde está su corazón. Donde ama y es amado se siente en casa. Tú nos haces ver que el amor que el Padre te tiene a Ti, su Hijo, y a cada uno de nosotros es nuestra casa, el espacio donde podemos vivir y encontrar nuestra auténtica identidad de hijos. Ahí es donde debemos permanecer. Seguirte a Ti es una resolución de por vida. El verdadero amor perdura. Así nos amas, sin vuelta atrás.

Corazón de Jesús, Tú nos haces ver también que la unión del sarmiento con la vid es la condición de la fecundidad. La unión contigo es condición para producir mucho fruto. Lo que logramos en la vida brota de lo que somos: sarmientos unidos ti, vid verdadera. Es lo que debemos demostrar: que estamos identificados contigo, con tus valores, opciones, y comportamiento. Y no es fácil, supone el trabajo de constante de rectificar el rumbo, el dolor de la poda.

Es dolorosa la poda: cortar, enderezar, corregir... una y otra vez. Porque ¿quién puede decir que ya ha suprimido lo que debe suprimir y no tiene ya nada que cortar? Y lo que se corta, ¿no vuelve a crecer? Siempre podemos ser un poco más auténticos. Lo contrario es quedar condenados a la esterilidad del sarmiento que se echa a perder. Pero esta labor no ensombrece nuestra vida. El *fruto* de la vid es el vino que alegra el corazón y es símbolo de alegría y amistad, de aquello que es imprescindible para que la vida sea verdaderamente humana y feliz.

Por eso, la alegría será siempre la motivación más certera, como aparece en aquel labrador del que nos hablaste, que encontró un tesoro escondido en el campo y, por la alegría que le dio, empeñó todo lo que tenía para adquirir ese campo (Mt 13, 44).

Señor, quien vive de esta alegría, vive también la urgencia de compartir con otros sus convicciones y la satisfacción que le producen. Y esa "ganancia", que se obtiene sobre todo por medio del testimonio que damos de Ti y de tu mensaje, constituye también el gran fruto, del que nos hablas en la parábola de la vid. Por eso te pedimos: Líbranos del riesgo de la fe, del funcionar por



inercia, sin resultados reales en la transformación de nuestras personas y de la sociedad. Líbranos de vivir nuestra fe como algo íntimo y privado, que no promueve fraternidad y justicia, piedra de toque del verdadero amor a Ti. Y que no nos sobrevenga el desánimo porque contamos con tu gracia que ayuda a nuestra debilidad. Hazme decir hasta el fin de mi vida: *Corazón de Jesús, en Ti confío.* 

# Oración 23 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, alegría perfecta para los que te aman. Tú nos prometiste la alegría perfecta, como el fruto de tu cruz y resurrección. Les digo esto para que tengan mi alegría y así su alegría sea completa (Jn 15, 1). Pidan y recibirán; así serán colmados de alegría (Jn 16, 24).

La alegría no es un componente secundario o accidental de la vida cristiana, sino un estado continuo en el que debe vivir el cristiano. Por eso mismo, no es cualquier alegría. No es completa ni duradera la que se busca ganando más dinero, éxito o fama sin importar los medios que se emplean para ello. La alegría verdadera es la que proviene de lo que Dios hace en nuestro favor. Y su fundamento es la esperanza que nos asegura el poder del triunfo de Cristo sobre la maldad del mundo que atenta contra la alegría de vivir. Nuestra esperanza nos dice: De todo esto saldremos triunfantes gracias a aquel que nos amó (Rom 8, 37).

Corazón de Jesús, la alegría que nos das no puede darse sin la libertad, sin el ejercicio de los derechos que brotan de la dignidad humana, sin la paz que es fruto de la justicia en las relaciones en sociedad, sin la fraternidad que promueve la igualdad esencial de las personas y hace posible el compartir para que todos tengan acceso a los bienes de este mundo. No es, por tanto, una alegría barata y fácil. Haznos comprender, Señor, que nuestra alegría no puede pasar por encima de la realidad en que vivimos. Tú nos das lo que necesitamos para que podamos afirmar nuestra libertad y dignidad frente a todo abuso u opresión; para mantener la paz en nuestro interior y construirla en la sociedad por medio de la justicia.

La alegría cristiana auténtica no es el simple sentimiento de optimismo que nace de la naturaleza humana. La alegría cristiana, fruto de la esperanza, se conoce por esto: es la disposición para reconocer sin cinismo ni frivolidad descomprometida que este mundo -este paísen que vivimos es, a pesar de todo, digno de aceptación y una ocasión recóndita de gratitud. Corazón de Jesús, tú nos enseñaste a separar la cizaña del trigo, mantén nuestra capacidad para decir SÍ a todo lo bueno que hay en el mundo actual y a decir rotundamente NO a todo lo que en él debe ser negado o suprimido. Mantén viva nuestra buena disposición para afirmar que la vida de los demás es digna de aceptación y puede convertirse en fuente de gratitud. Te damos gracias por la alegría que nos causan nuestros familiares y amigos más cercanos, pero también la vida de nuestro pueblo, su esfuerzo diario por vivir, su constancia en las adversidades, sus valores culturales propios. En todo ello, Señor, ¡cuánta razón nos das para la esperanza! ¡Cuántos motivos para nuestro respeto y gratitud!

## Oración 24 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús lleno de bondad y de amor. Nos dirigimos a Ti, Señor Jesús, fijando nuestros ojos en tu Corazón porque es el centro vital de tu persona y el símbolo más elocuente del amor con que nos amas. Tanto amó Dios al mundo que quiso entrar en los límites de nuestra condición humana, tomó un cuerpo y tuvo un corazón, para que podamos contemplar y sentir vivamente el infinito amor divino con que nos ama en tu Corazón humano, Jesús de Nazaret.

Sabemos que el amor es reciprocidad, es dar y recibir. Pero Tú, Señor, quieres ser amado y servido en tus hermanos y hermanas. No nos dijiste: Ámenme como Yo los he amado. Quisiste que tu discípulo demuestre que te ama, amando a los demás. Así manifiesta la presencia del amor que recibe de Ti. Nos dijiste también que el signo de nuestra pertenencia a Ti ha de ser el amor fraterno: En esto conocerán que son mis discípulos, si se aman los unos a los otros (Jn 13, 35). Quieres, por tanto, que entre nosotros haya siempre comprensión, acogida, perdón y deseo de servir. Así como Tú manifiestas la presencia de Dios con nosotros, así también los que se reunen en tu nombre te

hacen presente con el amor que se tienen unos a otros. Por eso, nos dejaste tu único y principal mandamiento: Ámense como Yo los he amado (Jn 13,34).

Señor Jesús, que el anhelo que arde en tu Corazón, anhelo continuo de crear comunidad, motive lo que hacemos y sostenga nuestros esfuerzos por transformar nuestra sociedad. Haz que por el testimonio de nuestras vidas empeñadas en resolver las necesidades de los más pobres y promover relaciones sociales justas, continuemos el dinamismo de unión y solidaridad que caracterizó tu vida. Así ofreceremos modelos de comportamiento y de organización para la transformación de la sociedad. Que el horizonte de la generosidad que Tú abriste para nosotros nos haga tender al grado sumo del amor, a la entrega plena, que crea la disposición para dar sin llevar cuenta, hasta entregar la vida si fuere necesario, a ejemplo tuyo. Porque Nadie tiene un amor más grande que quien da la vida por sus amigos (*Jn 15, 13*).

Señor Jesús, todo está para nosotros en tu Corazón: tu persona viva, la obra que nos encomiendas, el motivo y razón última de nuestra propia entrega, el distintivo de tu comunidad, la prueba de que nosotros hemos conocido el amor que Tú nos tienes y confiamos en él (1 Jn 4, 16).

#### Oración 25 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús que siempre nos perdonas. Has dejado establecido que no puede nombrar a Dios como Padre ni tomar parte en el banquete de la fraternidad quien primero no perdona a su prójimo o no hace lo posible para restablecer la relación que se ha roto. El amor a todos los semejantes, hasta al enemigo, es una característica esencial del modo de vivir que nos enseñaste. Tus primeros seguidores, con honestidad perfecta, no dejaron de consignar en los evangelios esta exigencia, a pesar de que era evidente para ellos, como para nosotros hoy, que los grupos sociales suelen emplear el odio y aversión al enemigo como medio para definir su identidad y reforzar la solidaridad entre sus miembros. El amor a los enemigos, que Tú predicaste, debió significar para tus contemporáneos una exigencia radical. La primitiva iglesia la recogió y no dudó en sostener que el amor universal, sin excepciones, significa haber conocido a Dios. Si no se ama, no se tiene fe (Cf. 1Jn 4, 7-8; 3, 11-17). Dios no tiene enemigos sino hijos; el cristiano no tiene enemigos, sino hermanos. Lo propio del cristianismo es morir perdonando, como Tú y como Esteban tu primer mártir.

Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor, reconocemos ante Ti que todos podemos emplear mal nuestra libertad y hacer sufrir a los demás. Todos –desde Caín– tenemos una cierta inclinación a la maldad y la hemos cometido, grande o pequeña alguna vez. Danos la certidumbre, fruto de nuestra propia experiencia, de que el odio es una enfermedad del alma. Que no nos acostumbremos al mensaje que los medios de comunicación transmiten acerca de la venganza como virtud, enalteciendo al vengador y dando por sentado que la venganza resuelve el mal cometido. Eso no es verdad pues muchas veces genera una pendiente por la que es casi inevitable deslizarse. Haznos ver que

donde se desencadena el odio y la sed de venganza como reacción a una injusticia padecida, allí triunfa el mal. Que no nos dejemos infectar por el mal para no devolverlo, porque así se genera la espiral de la violencia. Sostén nuestra decisión franca de examinarnos primero y extirpar de nosotros todo cuanto pueda hacer sufrir a los demás. Que con nuestros odios y rencores no hagamos a este mundo más violento de lo que ya es.

Corazón de Jesús, haznos capaces de aventurarnos en "el camino más excelente" (1Cor 12, 31): el del amor incondicional a este mundo, a la humanidad pecadora y sufriente y a Ti, Dios de infinita misericordia. Haznos aspirar al bien mayor del amor que perdona y rehabilita. Y para llevar al máximo nuestro deseo, te pedimos que nuestra oposición radical a la lógica de la venganza sea seguirte con radicalidad, mostrándonos dispuestos a renunciar aun a nuestro propio derecho, a mostrar la otra mejilla, entregar capa y manto, y caminar con el otro no una milla sino dos (Mt 5, 38-48).



## Oración 26 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús de bondad infinita. Tú nos mandaste: No juzguen, para que no sean juzgados. Porque con el juicio con que juzgan, serán juzgados, y con la medida con que miden, serán medidos (Mt 7, 1). No hay nadie sin defecto y a todos nos miras con misericordia. Fuiste enviado al mundo no para condenar, sino para salvar. Enséñanos a perdonar, porque siempre nos perdonas. Que no salga ninguna condena de nuestra boca porque Tú nunca lanzaste amenazas ni condenaste a nadie.

Corazón de Jesús, haznos ser conscientes de que juzgar a los demás es una contradicción. Traiciona el evangelio quien conoce sus valores pero los manipula para criticar, juzgar y condenar a otros. Líbranos de la hipocresía de enarbolar la verdad y los valores morales para atacar a los demás hasta quitarles su honor. Tu misericordia para conmigo me hará descubrir mi falta de misericordia, librará mi ojo malo de la viga que lo ciega y me hará capaz de valorar al otro, acogerlo, dialogar y ayudarlo a sacar la paja que tiene en su ojo (Mt 7, 3-4). No permitas que intente sustituirte, haciéndome juez de vivos y muertos. Es la pretensión del fariseo que busca su propia gloria, ambiciona los primeros lugares, ser el centro, y juzgar y despreciar a los demás (Mt 26, 3).

Corazón de Jesús, cuando sea necesario corregir a alguien, haz que recuerde que esa acción debo hacerla como una obra de misericordia; debo, por tanto, practicarla como tal, misericordiosamente, haciéndole sentir al otro que es aceptado por mí, así como yo soy aceptado por Ti a pesar de mis defectos. Sólo entonces podré ayudar a mi prójimo de manera eficaz. De lo contrario, puedo generar un conflicto y endurecer más al otro en su error o mal proceder. Que antes de corre-

gir a alguien comience por curar mi propio ojo y erradicar de mí mismo aquello que condeno en los demás.

Corazón de Jesús, te mostraste firme y duro al condenar la hipocresía de los fariseos. Nos hiciste ver que los falsos guías y maestros muestran ceguera por falta de misericordia, búsqueda de protagonismo y pretensión de ser jueces de los demás por creerse puros. Purifica nuestros corazones de toda malicia. Un corazón sensible y humilde Tú no lo desprecias (Sal 51, 17). Haznos sentir tu misericordia para tener misericordia sobre todo de los que están solos o deprimidos, de los tristes y excluidos. El principio de la misericordia y de las buenas acciones radica en nuestro corazón. Por eso, oh Dios, crea en mí, un corazón puro; renueva dentro de mí un espíritu firme (Sal 51, 12).



## Oración 27 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, que estarás con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Tú siembras la buena semilla, pero su crecimiento encuentra muchos obstáculos. El bien aparece mezclado con el mal y éste no actúa sólo fuera, sino dentro de nuestra comunidad y en el interior de cada uno. Danos la fortaleza de ánimo para no dejarnos escandalizar por el mal y aceptar que el triunfo del bien sólo acontecerá al final, cuando establezcas tu reino. En el tiempo intermedio necesitamos tu auxilio constante, Señor, para saber esperar, ser fuertes y resistir. Enséñanos a enfrentar el mal de este mundo como Tú lo hiciste, porque sólo así el mal dará paso al bien que niega. Afírmanos en la confianza, que se abona con la oración y el diálogo fraterno, de que para los que te aman, todo contribuye al bien (Rm 8,28). Y donde abunda el pecado, allí sobreabunda tu gracia (Rom 5,20).

Corazón de Jesús, ante el mal del mundo, sobre todo cuando hace sufrir a los inocentes, muchos se preguntan acerca de tu bondad. Nosotros sabemos que tales preguntas no son inevitables y que no tenemos necesariamente que plantearlas. Nuestra fe no nos ofrece una teoría consoladora para resolver esos interrogantes, en todo caso nos hace vivirlas con mayor dolor y consternación, porque nos hace más sensibles al sufrimiento. Lo que la fe nos ofrece es el camino que tú abriste para superar el mal en cualquiera de sus formas: el camino de quien, ante la maldad e injusticia del mundo, acumulados en tu pasión, confiaste en la bondad de tu Padre e introdujiste el amor en esa situación para que en ella pudiera estar presente la fuerza de Dios que vence al mal y a la muerte.

Haz, Señor, que sepamos leer desde esta perspectiva los acontecimien-

tos dolorosos en los que el mal parece triunfar y la fe es puesta a prueba. Y de manera particular haznos mirar con ojos de fe lo que nos ha tocado vivir en la Iglesia hoy. Ella es tu campo, en el que se mezclan el buen trigo y la mala hierba. Divina y humana de arriba abajo, es al mismo tiempo "sacramento" de la comunión de Dios con la humanidad en Ti, ella es tu "cuerpo" y tu "esposa", el lugar indestructible de tu presencia, que difunde la verdad de tu Espíritu en el mundo. Pero eso, Señor, no siempre nos resulta obvio porque tu Iglesia es "santa y necesitada al mismo tiempo de continua purificación".

No permitas que nos volvamos insensibles a los escándalos y espectáculos decepcionantes que, de mil maneras distintas, siempre ha dado el mundo eclesiástico. Pero que tampoco seamos de aquellos que querrían un cielo sobre la tierra. Haznos agradecidos con tu Iglesia pues, si somos sinceros y justos, tenemos que reconocer que ha sido en ella donde hemos experimentado tu pureza, tu verdad y tu bondad, pues nunca has dejado de realizar tu obra por medio de esa misma Iglesia. Señor, la fe en Ti es la que sostiene nuestra fe en la Iglesia, y sólo con esta fe en Ti podemos superar la desconfianza, el escepticismo, el distanciamiento o la crítica malsana. Así es, Señor, creo en la Iglesia porque creo en Ti. Y confío, contra toda desconfianza, que estarás en la Iglesia todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28,20), que jamás le retirarás tu santo Espíritu, y que nos harás capaces de descubrir los signos (a veces tan ocultos) del buen trigo que crece a pesar de la cizaña (Mt 13, 24-43).

## Oración 28 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús sencillo y humilde. Nos dejaste en el evangelio un criterio que determina la calidad de las personas. Llamaste a un niño, lo pusiste en medio de los discípulos, y dijiste: Yo les aseguro: si no cambian y se hacen como los niños, no entrarán en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. ¿Qué nos quisiste decir, Señor? Para nosotros, niño significa ternura, inocencia, sencillez, espontaneidad. Pero en la sociedad en que vivías, el niño –al igual que la madre– era propiedad del varón, no contaba, no tenía derechos. Aparte de esto, siempre y en todas partes, niño es el que tiene necesidad de todo y es lo que los otros le hacen ser. Existe sólo si hay alguien que lo toma bajo su cuidado y pertenencia.

Tu comportamiento con los demás nos hace ver que no podemos andar en la vida como "los grandes" que se satisfacen a sí mismos, creyendo no deber nada a nadie ni tener necesidad de nadie. Por eso, podemos renacer (*In 3,1ss*) para alcanzar nuestra condición más auténtica, la propia del hijo que, en su dependencia de nuestro Padre del cielo, halla su capacidad de crecimiento, libertad y autonomía.

Corazón de Jesús, tu ejemplo nos enseña a alcanzar la madurez del adulto convertido en niño que se siente acogido y acoge, pues sabe que todo le ha venido por gracia y debe dar gratis lo que gratis ha recibido. Sabe que no se ha dado la vida a sí mismo y que puede perderla, sabe que puede vivirla disfrutándola para sí solo o entregarla al servicio de los otros, como hiciste Tú. Sabe, en fin, que en todo momento puede abandonarse en brazos de su Padre, porque el resultado final no dependerá sólo de él sino de Dios. Por eso Te pedimos: Señor,

mi corazón no es soberbio ni mis ojos altaneros. No pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos: como un niño en brazos de su madre (Salmo 131, 1-3). Con esta quietud quiero afrontar toda circunstancia de mi vida.

Corazón de Jesús, tu gracia nos hace ver que no se trata ya de la primera infancia, sino de aquella que es propia del adulto que ejercita su libertad. Es como inocencia recuperada. A esta "infancia", costosa en verdad, te referías cuando bendecías a los niños y prometías el reino a los que se asemejan a ellos. Haznos ser en verdad de esos niños para poder tratar a nuestro Padre Dios con entera confianza y llamarlo como Tú le llamabas: Abba, padre.

Esto no tiene nada que ver con el infantilismo, fruto de una mala educación de los instintos, tendencias y afectos. Infantil es el insatisfecho, que no hace más que buscar satisfacer su ansia de ser acogido, nutrido, sostenido, y por eso se aferra a los demás y a las cosas, exige, demanda y manipula, pero sin corresponder y, en definitiva, sin poder valerse por sus propios medios. El niño del evangelio, en cambio, tiene como modelo de inspiración tu personalidad, Señor, Jesús, el hombre libre. Haznos proceder en todo como tú para realizarnos humanamente como Tú.

### Oración 29 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, fuente de agua viva. En la entrada del templo, delante de la multitud, gritaste: Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de aquel que crea en mí brotarán ríos de agua viva (Jn 7, 37-38; Is 55, 1-3). Tu grito llega a nosotros, que sentimos sed como todo ser vivo. La sed es la necesidad más radical e imperiosa, más irresistible incluso que el hambre. Y el agua es lo más necesario para la vida. Pero la nuestra, Señor, es una sed ilimitada, sed de salud, vida, felicidad. Es sed que se sacia con el don que sólo Tú nos puedes dar porque viene de Dios. Es sed de Dios.

Señor, nos esperas Tú también sediento, como esperaste a la Samaritana sentado junto al pozo de Sicar, fatigado por la caminata y en pleno calor del mediodía (*Jn 4, 6*). Nos esperas sediento en la cruz, y exclamas: *Tengo sed*, antes de morir. Nos esperas con tu Corazón traspasado y ofreces la sangre y el agua que de él brotan para que encuentren en Ti la fuente de su existencia aquellos que *mirarán al que atravesaron* (Jn 19, 31, Zac 12, 10).

Venga a mí y beba, nos dices, porque quieres darte a ti mismo como plenitud de vida. Y porque eres Amor comunicas todo lo que eres. Haznos oír tu voz, porque en Ti esta la fuente de la vida y tu luz nos hace ver la luz (Sal 36). Que recurramos siempre a Ti porque eres nuestro Salvador. Tus palabras nos infundirán la confianza más plena: Sacarán aguas con gozo de la fuente de la salvación (Is 12, 2-3).

Corazón de Jesús, por la fe, que es beber de tu Palabra y de tu copa en la Eucaristía, nos unimos a Ti y Tú a nosotros. Nos transformamos en aquello que recibimos. Nos hacemos hijos en el Hijo y recibimos tu

Espíritu Santo, que es el Amor que une al Padre y al Hijo. Este Espíritu del amor se convierte en lo más profundo de nosotros en un manantial que salta hasta la vida verdadera (Jn 4,14). Es el Espíritu que llevará a cumplimiento tu promesa: del pecho del que cree en mí brotarán ríos de agua vida (Jn 7,38).

Corazón de Jesús, que no te abandonemos a Ti, fuente de agua viva, para cavarnos cisternas, cisternas agrietadas que no pueden retener el agua (Jer 2, 13). Danos la seguridad que sólo podemos tener al alzar los ojos hacia Ti, levantado a lo alto, y contemplemos en Ti, Corazón traspasado de Jesús, cuánto nos has amado. Así seremos para siempre atraídos por Ti (*Jn* 3,14).



### Oración 30 Sagrado Corazón de Jesús

Corazón de Jesús, esperanza de los que mueren en ti. En nuestros últimos momentos, reclinada la cabeza sobre tu pecho como tu discípulo, sentiremos tu palpitar, el palpitar de la presencia que amamos sobre todas las cosas y en la que confiamos por encima de toda incertidumbre, consternación y desesperanza. Abriremos los ojos para verte y el abrazo del encuentro nos infundirá tu paz. No sólo tranquilidad y fin de los dolores, sino tu don por excelencia, hallazgo de lo que hemos buscado, plenitud de bendición, fruto de tu amor salvador. Corazón de Jesús, príncipe de la paz (Is 9,6), sólo en Ti está nuestra esperanza porque esa paz sólo Tú la puedes dar.

Señor, Tú has pasado por este trance y nos has enseñado con tu ejemplo cómo podemos hacer de nuestra muerte el acto de suprema y total entrega. Tú, que en los días de tu vida mortal, presentaste oraciones y súplicas con grandes gritos y lágrimas al que podía salvarte de la muerte, y fuiste escuchado por tu actitud reverente (Hebr 5, 7), nos harás capaces de asumir después del combate tu confiado abandono en el Dios de la vida. Esta invencible confianza nos la dará tu compañía. En tu cruz te colocaste para siempre a nuestro lado, para que nadie se sienta solo a la hora de morir y pueda decir también desde el fondo del alma: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. En tu cruz, tu Padre se reveló como el amor crucificado que estará presente en nuestra muerte, compartiéndola y llenándola de la esperanza de resucitar contigo. Por eso nos ofreces ya desde ahora el don oportuno para convertir la oscuridad de la muerte en aurora de vida, puerta de entrada a tu luz, Santo y feliz Jesucristo.

Tú has vivido y conoces la raíz de nuestros sufrimientos, de nuestros

fracasos y de nuestra muerte. Por eso, Señor, cualquiera que sea la angustia o desolación que pueda sobrevenirme, espero fijar mis ojos en tu cruz, para sentir que compartes mi dolor y abres para mí, en esa misma terminación de mis días, la esperanza de estar contigo para siempre. Creo, Señor, que me lo concederás. Yo mismo te veré, no otro, mis propios ojos te verán (Job 19,27) y en Ti contemplaré el horizonte humano abierto definitivamente a la alegría. Ahí comprobaré que donde se estrella la sabiduría humana, donde caen por tierra las esperanzas y el lamento no halla salida alguna, ahí, al morir, nos encontraremos con tu amor salvador. Y entonces podremos cantar: La muerte ha sido vencida. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (1 Cor 15, 55).

Nuestra partida física puede hacer sentir a nuestros familiares y amigos queridos que dejamos un vacío cargado de tristeza y desaliento. Haz, Señor, que seamos capaces de darles esa paz que diste a tus discípulos con tus palabras: No se turbe su corazón. Los estaré esperando. Y permanezco a su lado con su amor, por medio del Espíritu Santo. Que se alegre su corazón porque soy conducido y atraído por el Dios de mi alegría (Sal 43, 4), como hace un padre con su hijo querido, y éste se alegra de estar con aquel de quien procede porque sabe que es donde mejor puede estar.

### Orando con el P. Pedro Arrupe SJ

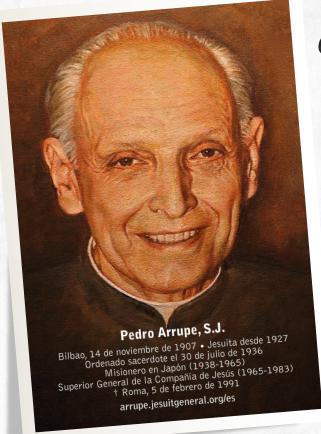
al Sagrado Corazón de Jesús

#### Haz nuestro corazón semejante al tuyo

Señor, que yo pueda sentir con tus sentimientos, los sentimientos de tu Corazón con que amabas al Padre y a los hombres.

Jamás nadie ha tenido mayor caridad que Tú, que diste la vida por tus amigos, culminando con tu muerte en cruz el total abatimiento de tu encarnación.

Quiero imitarte en esa interna y suprema disposición y también en tu vida de cada día, actuando, en lo posible, como Tú procediste.



P. Pedro Arrupe (Invocación a Jesucristo modelo)

### Orando con el P. Pedro Arrupe SJ

al Sagrado Corazón de Jesús

#### El Corazón de Cristo, fuente de la alegría

El Corazón de Cristo es el símbolo de su amor infinito, del amor humano y trinitario que Él nos da en el Espíritu Santo que habita en nosotros. Fruto de este Espíritu es la alegría, que tiene el poder de transformarlo todo en gozo espiritual (Rom 14, 17; Gal 5, 22); gozo que ninguno puede quitar a los discípulos de Cristo, una vez que lo poseen (Jn 16, 20; cfr. 2 Cor 1, 4; 7, 4-6).

En el mundo hay necesidad de alegría, hay mucho sufrimiento, mucha angustia, mucha inseguridad. La fuente de la alegría es el Corazón de Cristo, símbolo del amor infinito de Dios que tanto ha amado al mundo que dio a su Hijo único (Jn 3, 16). En este amor está la fuente de nuestra felicidad, el secreto que lo transformará todo en alegría, la verdadera alegría capaz de colmar el corazón del hombre.

Los que poseen el amor de un modo tan profundo y transformante lo sentirán como una llama de amor viva, como un cauterio suave, como un toque delicado, que a vida eterna sabe y que matando, muerte en vida la has trocado (S. Juan de la Cruz, Llama de amor viva, c. II). Aquí está el secreto de la felicidad humana, escondido a los sabios y a los inteligentes, que sólo los pequeños y humildes saben descubrir.

Quiera el Señor que el culto del Sagrado Corazón nos inspire a cantar en nuestro corazón, con plenitud de alegría, el aleluya que no acabará jamás. Porque el sufrimiento y la cruz pasarán, pero la alegría del aleluya no sólo no pasará, sino que será el preludio de un aleluya más perfecto: el aleluya celestial, que ya cantan los bienaventurados en el cielo.

P. Pedro Arrupe, Homilía en la Fiesta del Corazón de Jesús, "fiesta del amor y la alegría" (6 de Junio de 1975)

